

## Sentido de la vida: el cuidado

Jorge E. Figueroa B.

### Resumen

El cuidado, como capacidad natural de la dependiente y vulnerable condición humana, se da como un hecho evidente; sin embargo, en continuo proceso de des-humanización, la instrumentalización/mercantilización del cuidado ha desviado el verdadero sentido de nuestra manera de estar en el mundo. El momento o experiencia del cuidado de la vida no se desarrolla en una relación sujeto-sujeto de sensibilidad, compasión, respeto y responsabilidad. En esta comunicación se presenta una reflexión que interroga sobre la naturaleza del cuidado en contraste con la situación actual de des-cuido, suplicante ya de conciencia personal y colectiva para una saludable convivencia humana. En la cuestión por la toma de conciencia de que en nuestras enfermas sociedades hoy predomina la deshumanización del cuidado, es necesario un llamado a hacernos partícipes activos de la pregunta fundamental por el sentido del ser cuidado y cuidador. Esta introspección se apoya en el pensamiento y aportaciones filosóficas del *Alcibíades* de Platón y *Ser y tiempo* de Heidegger.

**Palabras clave:** Cuidado - Descuido - Enfermedad - Paideia – Sentido de la vida

La Organización Mundial de la Salud define a la *salud* como un «estado de completo bienestar, físico, mental y social.» Y, a la *salud mental* como «un estado de bienestar en el cual el individuo se da cuenta de sus propias aptitudes, puede afrontar las presiones normales de la vida, puede trabajar productiva y fructíferamente y es capaz de hacer una contribución a la comunidad.» La verdad, es preciso reconocer, por las campanadas de nuestra vivencia,<sup>1</sup> que no existe tal salud, mucho menos tal salud mental. En realidad, de conformidad con estas nociones, y también por nuestra propia naturaleza, de hecho, todos los seres humanos y en todo momento, ¡estamos de alguna manera enfermos! ¡Que paradoja! En esencia ¡somos *cuidado!*!, empero vivimos en ambigüedad, somos una mezcla incompleta, inacabada, sin equilibrio, de insensatez y sabiduría, de amor y de odio, de bien

---

1 Cf. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Prefacio, 1 (1887).

y de mal, de cuidado y de descuido.<sup>2</sup> Estamos enfermos, incluso, muy a pesar de los avances de la ciencia médica muchas veces solo alargamos la agonía; estamos enfermos de *mejoría y calidad de vida*. El cuidado y, por ende, el des-cuido, tienen historia, en consecuencia, hacer patente su problematización (*aporein*) y dilucidarlos ha sido y es tarea social, política, cultural y, en particular filosófica. Cuidar no es soslayar la inevitable y connatural experiencia de sufrimiento y dolor, de enfermedad, vejez y muerte; tampoco, el sedicente arte de vivir una vida examinada puede evitar la obligación existencial de auto-comprender el sentido de nuestra frágil naturaleza finita que busca, en lo posible, mitigar los efectos negativos a nuestra vulnerable y dependiente condición humana en el conjunto de sus dimensiones básicas de desarrollo integral (ontológica, ética, física, psicológica, social, cultural, espiritual, etc.) y, por supuesto, de forma permanente en todas las etapas de la vida. Aquí, en el marco del tema que nos convoca –*Sobre la experiencia del sufrimiento y el dolor*– conviene preguntarse: ¿Acaso, además de vivir en una sociedad que ha olvidado la pregunta fundamental por el sentido del ser, como ya denunció Heidegger en *Ser y tiempo*, también tenemos que denunciar y reconocer que hemos dado la espalda a la condición fundamental de cuidadores de nuestra propia constitución de ser sufriente? (*ser—¡ay!*).

Si solo por instinto todo ser vivo busca auto-conservarse y, mucho más, el racional ser humano que dice ser consciente de su vulnerabilidad existencial, ¿por qué entonces, nos comportamos como simples observadores inmovibles de nuestra propia cansada, enferma y permisiva sociedad? Aun cuando sabemos que las posibilidades de autonomía se apoyan en una compleja trama y urdimbre de interdependencia entre cuidados propios y de otros, vivimos en descuido, indiferentes, sin sentido de respeto, custodia y pertenencia por la vida propia, por la familia próxima, por nuestra casa común. Hay un pandémico malestar de patología no solo bacterial o viral, también, mental, de pensamiento, de *logoi*, de relatos, de juicios y de argumentos: es el descuido, ¡la falta de cuidado! Hay una inversión de valores por el cuidado propio, hay descuido e indiferencia por la vida del otro, por las

---

<sup>2</sup> Es como si nuestro bien no fuera totalmente bueno, ni nuestro mal totalmente malo, como dice el apóstol Pablo “...el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (*Rom 7.18-19*). Siguiendo con la tradición bíblica, cuando la primera familia solo constaba de padre, madre y dos hijos, ya “Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató” (*Gén 4.8*). Caín no solo se negó a ser el cuidador de su hermano, sino que desconociendo el llamado natural de atención de cuidado, asesinó a su hermano.

necesidades básicas del otro, vivimos tiempos de extremo egoísmo, de crueldad e insensatez que claman la conversión de nuestros hábitos cotidianos, sociales, culturales, políticos, personales y públicos. Además, saturados y ciegos por la moneda falsa de la cultura mediática de la sociedad de consumo, por el mal uso la ciencia y la tecnología, entre otros, tangibles pero también invisibles a la reflexión crítica, en ciertos aspectos nuestra civilización está abocada al caos y la auto-destrucción por el peligro latente inducido por el continuado proceso de deshumanización y regresión a la barbarie más atroz, porque con equivocadas simbologías de cultura, como la del ¡*todo vale!* y de ¡*yo soy vivo, pendejo el otro que da papaya!*, hemos suprimido la constitución primigenia de vergüenza, pudor y pecado.

Es preciso fomentar y comparar estudios y respuestas desde todas las disciplinas para trabajar juntos y llenar los vacíos de conciencia sobre la situación actual. Viene bien re-leer las propuestas de sabios y pensadores, profundizar, proponer nuevas ideas, contextualizar, ir más lejos y orientar un nuevo sentido de vivir y de actuar, de cuidar y de cuidarnos.<sup>3</sup> No es que no se haya hecho nada hasta ahora frente a este desgraciado trastorno de falta de cuidado. Claro es, percibiendo malestar, el conocimiento consciente se siente enfermo, muchos y desde diferentes posturas se han pronunciado, hay rebeldía y crítica permanente, pero por alguna razón estas ideas e intentos no prosperan, se pierde la fe y la esperanza por un futuro mejor. Otros todavía con algo de fe y esperanza creen en paliativas protestas y caminatas de solidaridad que no van a la causa y raíz real y esencial del problema, solo son eso, visiones incompletas, esporádicas manifestaciones y shows mediáticos. Se alzan voces acusadoras que dicen que todo se resume a la falta de educación moral, de religión, de

---

3 Con el teólogo Leonardo Boff, “Soñamos con un mundo futuro en el que ya no necesitaremos aparatos electrónicos ni seres virtuales para superar nuestra soledad y realizar nuestra esencia humana de cuidado y de amabilidad. Soñamos con una sociedad mundializada, la gran casa común, la Tierra, en la que los valores estructurantes se construirán en torno al cuidado de las personas, sobre todo aquellas que son culturalmente diferentes, aquellas a las que la naturaleza o la historia ha tratado mal, cuidado con los desposeídos y excluidos, los niños, los viejos, los moribundos; cuidado con las plantas, los animales, los paisajes queridos y con nuestra gran y generosa madre tierra. Soñamos con la aceptación del cuidado como *ethos* fundamental de lo humano y como com-pasión imprescindible para con todos los seres de la creación. ...buscamos hoy ansiosamente una espiritualidad sencilla y sólida, basada en la percepción del misterio del universo y del ser humano, en la ética de la responsabilidad, de la solidaridad y la compasión, basada en el cuidado, en el valor intrínseco de cada cosa, en el trabajo bien hecho, en la competencia, en la honradez y en la transparencia de las intenciones.” Boff, *El cuidado esencial. Ética de lo Humano, compasión por la Tierra*, trad. Juan Valverde, Trotta, Madrid 2002, 15 y 18.

valores, de conciencia ciudadana, etc. Todas estas consideraciones tienen razón y al mismo tiempo no la tienen. Pues solas, por su lado, flotando en el individualismo y la emotividad, no son más que propuestas disímiles, parciales, nuevas minorías pidiendo en aporía derechos de inclusión. Sin comprensión no hay contenidos integrales de sentido. Siguiendo a Boff, “Hace falta una filosofía del ser y una reflexión espiritual que nos hable del Sentido de todos los sentidos y que sepa organizar la convivencia humana bajo la inspiración de la ley más fundamental del universo: la sinergia, la cooperación de todos con todos y la solidaridad cósmica.”<sup>4</sup> No queremos pensar y escribir en soledad y en silencio sobre el cuidado como un simple objeto de estudio académico. Queremos si, reflexionar, llamar a discusión a partir del des-cuido en que vivimos para convocar el re-establecimiento del cuidado y revertir nuestras prioridades, porque el cuidado es un modo-de-ser característico del ser humano. Todos necesitamos la recuperación del cuidado para volver a ser nosotros mismos. Necesitamos volver la mirada sobre nosotros mismos y re-descubrir nuestro con-natural modo-de-ser-cuidado. El cuidado no es en sí un estado sino un dinámico, continuo y permanente proceso de búsqueda del arte de vivir.

### **El cuidado, preocupación-derecho del ser cuidador y del ser cuidado.**

En situación de crisis conviene mirar el retrovisor y recurrir a la sabiduría de nuestros antepasados. Proponemos releer a dos pensadores que bien nos pueden ayudar sustantivamente a reflexionar sobre esta urgente necesidad de benevolencia que busca estar cerca, respetar, acompañar y proteger: Platón (427-347 a.C.) y Martin Heidegger (1889-1976). Para releer a Platón, conviene evocar el famoso fresco del pintor renacentista Rafael, “La escuela de Atenas”, pintado entre 1510 y 1512. Allí se representa a Platón señalando con una mano hacia arriba, hacia el ideal, hacia el cielo. Con la otra, sostiene su obra el *Timeo*, diálogo donde con mayor dedicación expone la primacía de las ideas sobre la realidad. Para seguir representándonos a nuestro Platón, invitamos a verlo sosteniendo no al *Timeo* sino al *Alcibíades I*, donde a partir de la sentencia délfica «Conócete a ti mismo», Sócrates, introduce un nuevo consejo terapéutico: «cuida de ti.»

Martin Heidegger, por su parte, dedico gran parte de su obra *Ser y tiempo* a la importancia esencial del cuidado. “El cuidado, en cuanto totalidad estructural originaria, se da

---

<sup>4</sup> Boff, *El cuidado esencial. Ética de lo Humano, compasión por la Tierra*, trad. Juan Valverde, Trotta, Madrid 2002, 21.

existencialmente *a priori* «antes», es decir, desde siempre, *en* todo fáctico «comportamiento» y «situación» del Dasein.” (§41, 194). En este contexto, el cuidado es algo más que mero acto, mejor aún, es comprometida actitud y se halla ya en el modo mismo de preocupación, de ocupación y, de responsabilidad, con uno mismo, con el otro y con el entorno. Esto reitera que el cuidado es inherente a la naturaleza humana, en consecuencia, todo cuanto el Dasein se proponga hacer siempre irá acompañado de cuidado, porque es su modo esencial de ser; luego entonces, no necesitamos construir un nuevo ser, solo debemos rescatarlo del olvido, de la desviación provocada por el agente patógeno del desinterés y la indiferencia.

### **I Del «Conócete a ti mismo» a el «cuidado de si»**

El concepto en torno al cual gira nuestro escrito es el cuidado, y la palabra griega que está a su base y fundamento es: **ἐπιμέλεια, ας, ή**, sustantivo definido como solicitud, atención, supervisión, ocupación y cuidado. Su sentido de hace extensivo a tener cuidado y velar, el que vigila, a la responsabilidad de cuidar, preocuparse, a cuidados médicos o cuidados y benevolencia dados al enfermo. En suma, bien puede decirse que el término *epimelía* en todas sus acepciones refiere a la noción del cuidado de sí, cuidarse bien, cuida de ti, cuida del otro. Igualmente se hace extensivo a guardar obediencia y respeto a jerarquías y personas mayores.

En el *Alcibíades* hay 33 menciones a la *epiméleia* y su sentido pedagógico refiere al arte de cuidar el alma. El total de referencias a la raíz *epimel* en el *Corpus platonicum* es de 315<sup>5</sup> mostrando que para la comprensión del pensamiento platónico es preciso reconocer que el fundamento de la vida humana es el sempiterno *cuidado de sí*. De la *Apología* se colige que la misión de Sócrates es cuidar de las almas de sus conciudadanos y enseñarles la virtud y la bondad (20b, 29d-e, 30b, 41e.). Así, el camino de la filosofía es el arte de cuidar el alma. Con estos antecedentes, ¿dónde y cuándo perdimos el rumbo de mantener en radar el arte de cuidar de sí mismo y, peor aún, descuidar, abandonar, desarraigar la reflexión y preocupación por el valor y sentido de la vida en general y del cuidado del alma? Con el

---

5 “El número de citas viene dado por la búsqueda realizada en T. F. Brunner- M. Pantelia, *Thesaurus Linguae Graecae* (TLG) (cd-rom), Versión 3.1b, California, Silver Mountain Software, 1994.” En *El cuidado un imperativo para la bioética*, Marta López Alonso, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2011, 74, nota 3.

*Fedro*, es caricaturesco, por decir lo menos, que aquel que desea conocer sobre las cosas del mundo, se ignore a sí mismo (cf. 229e-230a).

Sócrates aconseja al «ya no tan joven» Alcibíades a ocuparse de sí mismo; considera que debe ser formado antes de ser instruido para conocer y aprender a gobernar. Pues, aunque Alcibíades está en edad de ejercer un importante cargo como aristócrata, no tiene aún la *techné* para gobernar. ¿Cómo pretender gobernar a otros, si uno no se gobierna a sí mismo? No es posible transformar a otros, si uno no se ha preocupado por sí mismo. “Conociéndonos, también podemos conocer con más facilidad la forma de cuidar de nosotros mismos, mientras que si no nos conocemos no podríamos hacerlo” (129a). ¿Cómo ocuparnos de nosotros mismos, si no sabemos qué es ese sí mismo?, ¿qué es ese *sí mismo* del que hay que ocuparse?, ¿qué es *ocuparse de sí mismo*?, ¿en qué debe consistir esa preocupación, esa inquietud? Es preciso hacer notar aquí la brecha que hay entre el aprender o adquirir conocimiento y el imperativo «ocuparse de sí», como otra forma de *paideía*.<sup>6</sup>

La relación entre las dos máximas «conócete a ti mismo» y «cuida de ti mismo» se enmarca en lo que, bien podríamos decir, fue para Sócrates la filosofía como forma de vida que bien merece ser vivida. Recordemos que en el *Fedón* defendía la idea de la filosofía como una forma de purificación del alma y preparación para la muerte (63e-69e). Filosofar como receta de curación sería, por tanto, aprender a morir, preocupándose por el alma en tanto que es lo más idéntico a lo divino, inmortal e inteligible, mientras que el cuerpo es lo propio de lo humano, mortal, multiforme e irracional; por eso afirma Sócrates “quienquiera que conoce algo de su cuerpo, conoce lo que es del cuerpo, pero no se conoce a sí mismo.” (131a). Aquel que se preocupa de sus bienes no se cuida a sí mismo. Y añade el Sócrates platónico: el que se enamora del cuerpo de Alcibíades no se ocupa del sí mismo de Alcibíades, sino de la belleza de su cuerpo. Luego entonces, conocerse a sí mismo es cuidarnos a nosotros mismos; para ser más precisos, es cuidar nuestra alma y nuestro cuerpo. Aunque en primacía el tratamiento del cuidado implica ejercitarse en la vida virtuosa para sanar el alma, esto no quiere decir, como el mismo *Fedón* advierte, que el cuerpo sea sin más un principio limitante para el alma, pues, también dice que las mayores o peores enfermedades son los placeres y dolores excesivos del alma; dándole así a las enfermedades del cuerpo, una menor categoría ontológica. Sin embargo, el cuidado,

---

<sup>6</sup> Como una técnica cuyo objeto es el hombre mismo.

tratamiento, terapia debe hacerse por igual para ambas enfermedades porque las de una pueden ocasionar las del otro y viceversa. Hay entre alma y cuerpo una relación directa, aunque con diferencia de grado. Por eso, conviene tener presente que las enfermedades del alma, dada su mayor categoría, repercuten severamente en el cuerpo, pero también, es cierto que puede curarse al cuerpo desde el alma.

Así como el ojo no puede verse a sí mismo, sino que debe recurrir al ojo de otro en el que se refleja como en espejo, “si el alma está dispuesta a conocerse a sí misma, tiene que mirar a un alma, y sobre todo a la parte del alma en la que reside su propia facultad, la sabiduría,” (133b). Conocer no es ensimismamiento y privacidad excluyente, es compartir experiencia de vida con otros.

El fogoso orgullo del joven Alcibíades manifiesta que por sus dones y capacidades naturales no hace falta instruirse para dedicarse a la política, pues, a la vista está que los políticos llegan a ella sin prepararse, “¿qué necesidad hay de ejercitarse y dedicar muchas molestias a instruirse?” (119b). Sin embargo, el “conócete a ti mismo” socrático llama la atención del ingenuo Alcibíades que, en su desmesurada ambición, equivocadamente se compara con los demás atenienses, sin tener en cuenta a sus verdaderos enemigos a vencer, por ejemplo, los persas (cf. 105a-c). Conviene tener presente que los persas además de ser enemigos declarados de la *polis* ateniense, se les reconoce por la óptima educación que dan a los nobles y jefes. Si el arrogante Alcibíades pretende dirigir Atenas y hacer que sus ciudadanos participen de la virtud (cf. 134c), sus enemigos no son sus iguales que poco se han esforzado en prepararse, su lucha es contra los bien formados reyes lacedemonios y persas (cf. 120e). Es en este contexto que aparece el socrático preceptivo delfico «conócete a ti mismo», (γνώθι σαυτόν):

Ἄλλ', ὦ μακάριε, πειθόμενος ἑμοί τε καὶ τῷ ἐν Δελφοῖς γράμματι, γνώθι (124b) σαυτόν, ὅτι οὗτοι ἡμῖν εἰσὶν ἀντίπαλοι, ἀλλ' οὐχ οὐδὲ σὺ οἶε· ὦν ἄλλω μὲν οὐδ' ἄν ἐνὶ περιγενοίμεθα, εἰ μὴ περ ἐπιμελεία γε ἄν καὶ τέχνη.

Mi querido amigo, hazme caso a mí y a la máxima de Delfos «conócete a ti mismo», ya que tus rivales son éstos y no los que tú crees, rivales a los que no podríamos superar por otro medio que con la aplicación y el saber.<sup>7</sup>

Pero, mi buen amigo, confía en mí y en la inscripción de Delfos, «conócete a ti mismo», porque estos son tus verdaderos enemigos, y no los que tú crees, a los que en ninguna otra forma superarás, si no es con el cuidado y la técnica.<sup>8</sup>

---

7 Platón, *Alcibíades I, Sobre la naturaleza del hombre*, Juan Zaragoza y Pilar Gómez, Gredos, Madrid 1992, 124a-b.

8 Versión sugerida.

Más que un prudente consejo el imperativo «conócete a ti mismo» invita a una particular reflexión desde las palabras ἐπιμελεία y τέχνη. En el entendido que la educación es una técnica para la formación del ciudadano, aquí *paideía* refiere a un tipo especial de formación, de técnica especial, del cuidado de sí. En otras palabras, no es producir graduandos en masa, sino ciudadanos con sabiduría intelectual y moral en un ideal de ser humano, que hagan de sí lo mejor posible.

## II La tarea del cuidar

La misión del pensamiento fenomenológico-existencial es la investigación del sentido de la condición fundamental de lo que se revela o manifiesta como existencia, esto es, del ser. Para Heidegger, la indagación por el sentido del ser exige someter a riguroso análisis el ente hombre (cf. §8), es decir, la investigación por el sentido del ser se realiza mediante el examen de la existencia humana.<sup>9</sup> Esta exploración revela que la filosofía occidental poco se ha preocupado por el misterio de la condición fundamental de la vida, lo que conllevó el olvido del ser y, con este desafortunado descuido, ha devenido la desintegración galopante de los valores, el insaciable consumismo y la ciega y temeraria supremacía de la técnica. Para Heidegger, más allá de la búsqueda de un origen del ser que soslaya la pregunta fundamental, su interés no indaga por la existencia misma, sino por ¿cuál es el sentido del ser?, ¿qué significa ser? A este ser que somos nosotros, a nuestra forma de ser en el mundo,

---

<sup>9</sup> Conviene tener presente que para Heidegger **ente** es todo lo que tiene una existencia en el mundo, como seres humanos, animales, cosas o acontecimientos; por su parte, **ser**, refiere a la esencia de estas existencias, es decir, a la condición primordial o fundamento que permite que estas existencias sean, que existan. «La analítica existencial de *Ser y tiempo* destruye la metafísica cartesiana. El ser humano ya no se entiende en términos de “espíritu”, “sujeto”, “yo”, “conciencia”, sino como un ente que se caracteriza ontológicamente por una peculiar comprensión de su ser y del ser en general. Heidegger denomina a esta peculiar precomprensión del estado de abierto del ser (*Seinserschlossenheit*) terminológicamente el “ahí” (*Da*). Por ello, el ser humano recibe el nombre de “ser-ahí”, de “Dasein”, porque en su existencia fáctica y concreta (*Da*) se manifiesta el ser (*Sein*). En otras palabras, existir significa comprender, es decir, yo soy lo que comprendo, mis actos y mis prácticas tienen lugar en un espacio de significado público que da sentido a mis acciones. Este contexto público gobierna y regula toda posible interpretación de mí mismo y del mundo que me rodea. En última instancia, el hecho de que en nuestro comportamiento cotidiano y prefilosófico distingamos sin mayores dificultades entre útiles, artefactos, objetos naturales, estados de cosas y contextos de acción responde a que nos movemos siempre y en cada caso en una atemática comprensión previa de sus respectivos modos de ser. » “Heidegger y la Hermenéutica del Cuerpo”, Jesús Adrián Escudero, Universidad Autónoma de Barcelona. <http://www.observacionesfilosoficas.net/heideggerylahermeneutica.htm>



Heidegger no la llama hombre o ser humano, sino *Dasein*.<sup>10</sup> Según Heidegger, somos arrojados al mundo, lanzados a una existencia no pedida e involuntaria y, en consecuencia, obligados a llevar el lastre de la *facticidad*, secuela del inherente arrojamiento. Cargamos con el pasado que influye en la existencia presente y que define y limita nuestras posibilidades futuras. Como resultado, existimos en sempiterna tensión entre el impulso para actualizar nuestras posibilidades y las restricciones que nos limitan. Para colmo, vivimos la mayor parte del tiempo de manera inauténtica al abandonar y descuidar la responsabilidad de hacer conciencia crítica de la existencia. La inautenticidad se caracteriza por la caída. A su vez, la caída se caracteriza por las habladurías (chismorreo), la urgencia de novedades (curiosidad e indiferencia) y la ambigüedad.

El carácter esencial del *Dasein* está influenciado siempre por diferentes estados de ánimo, esto quiere decir que nunca se encuentra en estado de des-ánimo. Así, la angustia es el estado de ánimo que provoca la sensación de terror y nos induce al sin sentido de la existencia. Por el contrario, el estado de ánimo del amor nos colma de sentido y motivación por vivir. Empero, es gracias a la angustia que experimentamos crisis de sentido; este trance nos permite discernir, hacer conciencia de nuestra auténtica o inauténtica existencia, nos ayuda a tomar decisiones, nos hace conscientes de lo que significa enfrentarnos con nuestro propio arrojamiento. “La angustia, en cuanto posibilidad de ser del *Dasein*, junto con presentar al *Dasein* mismo en ella abierto, presenta también el fundamento fenoménico para la captación explícita de la totalidad originaria del ser del *Dasein*. Este ser se revelará como *cuidado*.” (§39, 183). El cuidado como aspecto constitutivo fundamental del *Dasein* hace que la existencia humana tenga sentido y por su intermedio nos asomamos al misterio del ser. “El ser del *Dasein* es el cuidado. El cuidado comprende facticidad (condición de arrojado), existencia (proyecto) y caída.” (§58, 278). Con todo, el *Dasein* no se ha puesto a sí mismo en sí. Ahí. ¿Cómo hacer que el *Dasein* se comprenda a sí mismo? La auto-interpretación del *Dasein* conocida como la *voz de la conciencia* no es un hecho ocasional, es un fenómeno constitutivo, un modo de ser del *Dasein* y se revela como una *llamada*, esta convocatoria se revela como un *querer-tener-conciencia* (cf §54, 264). ¿Para quién es el llamado de la conciencia? Por supuesto, el *Dasein* mismo es el convocado y, la llamada

---

10 *Dasein*, este neologismo alemán se compone de *da* (aquí-ahí) y de *Sein* (ser-estar), para referirse al hombre como el único ser que es consciente de su propia y frágil existencia, único ente que vive fuera de sí, abierto constantemente al Ser y a sufrir una revelación de Él.

es evocación misma del cuidado. *Comprender la llamada* quiere decir: *querer-tener-conciencia*. Luego entonces, la conciencia es la llamada del cuidado desde la desazón del estar-en-el-mundo.

¿Ontológicamente qué se busca cuando se problematiza el sentido del cuidado? ¿Qué significa *sentido*? Sentido significa el fondo sobre el cual se lleva a cabo el proyecto primario de la comprensión del ser. Cuando decimos que algo tiene sentido significa que ese algo se ha hecho accesible *en su ser*. La totalidad de ser del *Dasein* como cuidado quiere decir: anticiparse-a-sí-estando-ya-en-el-mundo, esto es, el cuidado es un ente que está y transcurre en el tiempo. Fundado en la temporalidad, bien puede decirse que pasado, presente y futuro están vivos en cada instante de la existencia humana. Así el cuidado, se convierte en un fenómeno para nuestra conciencia, se hace manifiesto a nuestra experiencia en todo momento. Lo que más cuida el *Dasein* es el hecho de estar vivo. A todos nos queda fácil reconocer que, ante un hecho de profunda angustia, desazón y peligro de la integridad con amenaza de muerte, de enfrentar el fin, el *Dasein* inmediatamente comienza a cuidar su forma de vida de manera conversa mucho más dedicada e intensa. Sin embargo, esta tarea de cuidar de sí, no debería ser una actitud de bomberos en casos de terminal emergencia, sino de auténtica y continua forma de vida que cuida la vida en todo momento porque tiene presente que es un ser-para-la-muerte.

Conviene reiterar, cuidado significa desvelo, solicitud, preocupación diligencia, celo, atención, intención, dedicación, inquietud, responsabilidad. La violencia en todo orden, la indiferencia, el fanatismo, la banalidad, el sectarismo, el cinismo, la apatía, las enfermedades, el dolor, el sufrimiento, la carencia de salud mental y otros graves dramas que atañen al mundo actual son alertas tempranas de muerte del cuidado. El cuidado es más que un acto individual aislado o una virtud de temporada, es un modo permanente de ser, es un modo-de-ser-en-el-mundo, una forma de co-existir y convivir con otros e, integralmente, con toda la naturaleza. El cuidado es *a priori* porque es esencial, y es esencial porque ontológicamente fue primero; está en el origen mismo del ser humano, fue con cuidado que Cuidado modeló de barro al ser humano. La sabiduría ancestral de la fábula-mito de Higino nos recuerda que el cuidado integralmente vincula todas las cosas. Con Boff: “El cuidado es lo que da fuerzas para buscar la paz en medio de todo tipo de conflictos. Sin el cuidado que rescata la dignidad de la humanidad condenada a la exclusión, no se

inaugurará un nuevo paradigma de convivencia.” (151). Para conocernos a nosotros mismos y fundamentar un nuevo modelo de saludable convivencia, un nuevo *habitus*, es decir, nuevos principios reguladores, ya lo señaló Nietzsche:

necesitamos una *crítica* de los valores morales, *hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de estos valores*, y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de que aquéllos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como enfermedad, como veneno), un conocimiento que hasta ahora ni ha existido ni tampoco se lo ha siquiera deseado. Se tomaba el *valor* de esos «valores» como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda; hasta ahora no se ha dudado ni vacilado lo más mínimo en considerar que «el bueno» es superior en valor a «el malvado», superior en valor en el sentido de ser favorable, útil, provechoso para el hombre como tal (incluido el futuro del hombre).<sup>11</sup>

¡Cuidado!, ¡estamos enfermos!

Para mejorar, es preciso cuidarse uno mismo y, para cuidar de uno mismo, es preciso empezar por conocerse (cf. *Alcíbiades I* 128e-129a). Con Heidegger, de cara a la amenaza de in-autenticidad y a la preocupación constitutiva del ser humano, el cuidado nos pone, en presencia de nosotros mismos.

Ya lo advirtió Epicuro y, lo ratificó Cicerón, la utilidad de la filosofía -siguiendo la analogía médica- consiste en segregar el sufrimiento del alma y curar su enfermedad.<sup>12</sup>

---

11 Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Prefacio, 6 (1887).

12 “Vacío es el argumento de aquel filósofo que no permite curar ningún sufrimiento humano. Pues de la misma manera que de nada sirve un arte médica que no erradique la enfermedad de los cuerpos, tampoco hay utilidad ninguna en la filosofía si no erradica el sufrimiento del alma.” Epicuro. “Hay, te lo aseguro, un arte médico para el alma. Es la filosofía, cuyo auxilio no hace falta buscar, como en las enfermedades corporales, fuera de nosotros mismos. Hemos de empeñarnos con todos nuestros recursos y toda nuestra energía en llegar a ser capaces de hacer de médicos de nosotros mismos.” Cicerón.

Tartuferia: hipocresía, santurronería. Proviene de "Tartufo", personaje de una comedia de Molière.

La analítica existencial de *Sery tiempo* destruye la metafísica cartesiana. El ser humano ya no se entiende en términos de "espíritu", "sujeto", "yo", "conciencia", sino como un ente que se caracteriza ontológicamente por una peculiar comprensión de su ser y del ser en general. Heidegger denomina a esta peculiar precomprensión del estado de abierto del ser (*Seinserschlossenheit*) terminológicamente el "ahí" (*Da*). Por ello, el ser humano recibe el nombre de "ser-ahí", de "Dasein", porque en su existencia fáctica y concreta (*Da*) se manifiesta el ser (*Sein*). En otras palabras, existir significa comprender, es decir, yo soy lo que comprendo, mis actos y mis prácticas tienen lugar en un espacio de significado público que da sentido a mis acciones. Este contexto público gobierna y regula toda posible interpretación de mí mismo y del mundo que me rodea. En última instancia, el hecho de que en nuestro comportamiento cotidiano y prefilosófico distingamos sin mayores dificultades entre útiles, artefactos, objetos naturales, estados de cosas y contextos de acción responde a que nos movemos siempre y en cada caso en una atemática comprensión previa de sus respectivos modos de ser.

el “Conócete a ti mismo” socrático dio paso al desarrollo de terapias diversas y complementarias, las cuales coincidieron en un objetivo común: la búsqueda de la salud, de la bondad, de la verdad, de la felicidad del alma.

La filosofía entendida con criterios médicos se ocupa tanto de creencias como de emociones o pasiones. Una de las razones por las que los pensadores helenísticos creen que la filosofía es el arte mejor equipado para tratar con las enfermedades humanas es que creen que la filosofía- el razonamiento y la argumentación- es lo que se necesita para diagnosticar y modificar las pasiones. La terapia del deseo es también, en este sentido, una terapia de la emoción. “Así, la filosofía médica –dice Nussbaum-, aunque comprometida con el razonamiento lógico y con rasgos propios del buen razonar tales como la claridad, la coherencia, el rigor y la generalidad, necesitará a menudo buscar técnicas más complicadas e indirectas, psicológicamente más estimulantes que las propias del argumento deductivo o dialéctico convencional” (Nussbaum, 2003, p. 59).

La analogía médica sirve en filosofía ética para tratar las “enfermedades” del pensamiento, del juicio y del deseo. Por “enfermos” se entienden los juicios catalogados como corruptos, decadentes, malos, injustos, erráticos. El criterio de ordenamiento de los juicios entre “buenos” y “malos” es el sentido común, la capacidad de razonar compartida por todos, el “logos” que rige la conciencia de un pueblo o de una comunidad dadas. Ese logos, para ser legítimo y tener validez, tanto en los casos generales como en los particulares, debe corresponder con los principios rectores de la razón a priori y, a su vez, debe también ser avalado por la mayoría de las personas pertenecientes a la comunidad en cuestión.

La analogía médica sirve en filosofía ética para tratar las “enfermedades” del pensamiento, del juicio y del deseo. Por “enfermos” se entienden los juicios catalogados como corruptos, decadentes, malos, injustos, erráticos. El criterio de ordenamiento de los juicios entre “buenos” y “malos” es el sentido común, la capacidad de razonar compartida por todos, el “logos” que rige la conciencia de un pueblo o de una comunidad dadas. Ese logos, para ser legítimo y tener validez, tanto en los casos generales como en los particulares, debe

corresponder con los principios rectores de la razón a priori y, a su vez, debe también ser avalado por la mayoría de las personas pertenecientes a la comunidad en cuestión.

Así, “los logoi, como los medicamentos- como dice Gorgias en su Elogio de Helena-, tienen el poder de „poner fin al miedo y eliminar la congoja, engendrar alegría y aumentar los sentimientos de camaradería“” (Citado según Nussbaum, 2003, p. 78). A los logoi se les exige eficacia tanto teórica (racional) como práctica (instrumental). Gracias a los logoi, el alma del paciente se empodera y logra domesticar las pasiones y dolencias de su cuerpo. “Los logoi éticos –dice 20 Nussbaum- se diferencian del tratamiento médico en que entrañan un discurso recíproco en el que el discípulo no recibe órdenes de una autoridad ni es manipulado mediante tácticas coercitivas, sino que es intelectualmente activo por sí mismo” (Nussbaum, 2003, p. 101). El alma inteligente cura, moldea y dirige su propio cuerpo.

Una de las razones por la que estos filósofos aseguran que la filosofía es el arte mejor equipado para tratar con las enfermedades humanas es que ellos creen (y están convencidos de que esto es así) que la filosofía- el razonamiento y la argumentación- es lo que se necesita para diagnosticar y modificar las pasiones. El uso de la recta razón, acorde con la personalidad de cada cual, tiene el poder terapéutico de curar los males éticomédicos tanto del cuerpo como del alma. El análisis y el control racional de las emociones es de gran ayuda para lograr una terapia filosófica exitosa.